

de París, los legitimistas en Enrique V.; y al revés, en donde la salvación de la sociedad consistiría en que los partidos conservaran sus antiguas banderas, en que no desgarraran su seno, para que todos sus individuos pudieran combatir juntos en grandes y nobles combates, en donde esto era necesario para la salvación de la sociedad, como en España, aquí señores, los partidos se disuelven.

Y, señores, para este mal no son remedio esencial las reformas económicas; no es remedio la caída de un gobierno y la suplantación de otro gobierno. El error fundamental en esta materia consiste en creer que los males que Europa padece, nacen de los gobiernos. Yo no negaré la influencia del gobierno sobre los gobernados: ¿cómo la he de negar? ¿quién la ha negado nunca? Pero el mal es mucho más hondo, el mal es mucho más grave. El mal no está en los gobiernos el mal está en los gobernados; el mal está en que los gobernados, han llegado á ser ingobernables. (*Risas: bien, bien.*)

Señores, la verdadera causa del mal hondo y profundo que aqueja á la Europa, está en que ha desaparecido la idea de la autoridad divina y de la autoridad humana. Ese es el mal que aqueja á la Europa, ese es el mal que aqueja á la sociedad, ese es el mal que aqueja al mundo: y por eso, señores, son los pueblos ingobernables. Esto sirve para explicar un fenómeno que no he oído explicar á nadie, y que, sin embargo, tiene una explicación satisfactoria.

Todos los que han viajado por Francia, convienen en decir que no se encuentra un francés que sea republicano. Yo mismo puedo dar testimonio de esta verdad, porque he atravesado la Francia. Pero se pregunta: no hay en Francia republicanos: ¿cómo es que la república subsiste? Y nadie dá la razón: yo la daré. La república subsiste en Francia, y digo más, la república subsistirá en Francia; porque la república es la forma necesaria de gobierno en los pueblos que son ingobernables.

En los pueblos que son ingobernables, el gobierno toma necesariamente las formas republicanas. Hé ahí por qué la república subsiste y subsistirá en Francia. Importa poco que esté, como lo está, combatida por las voluntades de los hombres, si está soste-

nida, como lo está, por la fuerza misma de las cosas. Esta es la explicación de la duración de la república francesa.

Al oírme hablar, á un tiempo mismo, de la autoridad divina y de la autoridad humana, se me dirá acaso: ¿qué tienen que ver las cuestiones políticas con las cuestiones religiosas?

Señores, yo no sé si hay aquí algún señor diputado que no crea que hay relación entre las cosas religiosas y las políticas; pero si hay alguno, voy á demostrar su relación necesaria, de una manera tal, que la vea por sus propios ojos, y que la toque con sus propias manos. (*Movimiento de atención.*)

Señores, la civilización tiene dos fases; una que yo llamaré afirmativa; porque en ella la civilización descansa en afirmaciones; que yo llamaré también de progreso, porque esas afirmaciones en que descansa, son verdades; y finalmente, que yo llamaré católica, porque el catolicismo es el que abarca en toda su plenitud todas esas verdades y todas esas afirmaciones. Al contrario, hay otra faz de la civilización, que yo llamaré negativa, porque reposa exclusivamente en negaciones; que yo llamaré decadencia, porque esas negaciones son errores; y que yo llamaré revolucionaria, porque esos errores se convierten al fin en revoluciones que trasforman los Estados.

Pues bien, señores: ¿cuáles son las tres afirmaciones de esta civilización, que yo llamo afirmativas, de progreso y católicas? Las tres afirmaciones son las siguientes: en el orden religioso, se afirma que existe un Dios personal. (*Rumores y risas en la tribuna y en la izquierda. La mayoría indignada reclama el orden.*)

EL SEÑOR PRESIDENTE: Orden, señores.

EL SEÑOR MARQUÉS DE VALDEGAMAS: Hay tres afirmaciones entre otras. Primera afirmación: existe un Dios, y ese Dios está en todas partes. Segunda afirmación: ese Dios personal, que está en todas partes, reina en el cielo y en la tierra. Tercera afirmación: este Dios, que reina en el cielo y en la tierra, gobierna absolutamente las cosas divinas y humanas.

Pues bien, señores: en donde hay estas tres afirmaciones en el orden religioso, hay también estas otras tres afirmaciones en el ór-



den político: hay un rey que está en todas partes por medio de sus agentes: ese rey, que está en todas partes, reina sobre sus súbditos; y ese rey, que reina sobre sus súbditos, gobierna á sus súbditos. De modo que la afirmacion política no es más que la consecuencia de la afirmacion religiosa. Las instituciones políticas en que se simbolizan estas tres afirmaciones, son dos: las monarquías absolutas; y las monarquías constitucionales, como las entienden los moderados de todos los países, porque ningun partido moderado ha negado nunca al rey ni la existencia, ni el reinado, ni la gobernacion. Por consiguiente, la monarquía constitucional entra con los mismos títulos que la monarquía absoluta á simbolizar esas tres afirmaciones políticas, que son el eco, digámoslo así, de las tres afirmaciones religiosas.

Señores, en estas tres afirmaciones concluye el periodo de la civilizacion, que yo he llamado afirmativo, que yo he llamado de progreso, que yo he llamado católico. Ahora entramos, señores, en el segundo periodo, que yo he llamado negativo, que yo he llamado revolucionario. En ese segundo periodo hay tres negaciones, correspondientes á las tres afirmaciones primeras. Primera negacion; ó como yo la llamaré, negacion de primer grado, en el orden religioso: Dios existe, Dios reina; pero Dios está tan alto, que no puede gobernar las cosas humanas. Esta es la primera negacion, la negacion de primer grado, en este periodo negativo de la civilizacion; y á esta negacion de la providencia de Dios, ¿qué corresponde en el orden político? En el orden político, sale el partido progresista respondiendo al deista, que niega la Providencia, y dice: el rey existe, el rey reina; pero no gobierna. Así, señores, la monarquía constitucional progresiva pertenece á la civilizacion negativa en primer grado.

Segunda negacion: el deista niega la Providencia; los partidarios de la monarquía constitucional, segun los progresistas la entienden, niegan la gobernacion; pues ahora viene, en el orden religioso, el panteista y dice: Dios existe; pero Dios no tiene existencia personal; Dios no es persona, y como no es persona, ni gobierna ni reina; Dios es todo lo que vemos; ni es todo lo que vive, es todo

lo que se mueve: Dios es la humanidad. Esto dice el panteista; de manera que el panteista niega la existencia personal, aunque no la existencia absoluta; niega el reinado y la Providencia.

En seguida, señores, viene el republicano y dice: el poder existe; pero el poder no es persona, ni reina ni gobierna; el poder es todo lo que vive, todo lo que existe, todo lo que se mueve; luego es la muchedumbre, luego no hay más medio de gobierno que el sufragio universal, ni más gobierno que la república.

Así, señores, al panteismo en el orden religioso corresponde el republicanismo en el orden político. Despues viene otra negacion, que es la última: en punto á negaciones no hay más allá. Detrás del deista, detrás del panteista viene el ateo y dice: Dios ni reina ni gobierna, ni es persona, ni es muchedumbre; no existe. Y sale Proudhon, señores, y dice: no hay gobierno. (*Risas y aplausos.*) Así, señores, una negacion llama á otra negacion, como un abismo llama á otro abismo. Mas allá de esa negacion, que es el abismo, no hay nada, no hay nada sino tinieblas, y tinieblas palpables.

Ahora bien, señores; ¿sabeis cuál es el estado de Europa? Toda Europa va entrando en la segunda negacion, y camina hácia la tercera, que es la última: no lo olvideis. Si se quiere que concrete algo más esta cuestion de los peligros que corren las sociedades, la concretaré, aunque con cierta prudencia. Todos saben cuál es mi posicion oficial; yo no puedo hablar de la Europa sin hablar de la Alemania: no puedo hablar de la Alemania sin hablar de la Prusia, que la representa; no puedo hablar de la Prusia sin hablar de su rey, á quien, señores, sea dicho de paso, puede llamarse por sus cualidades eminentes el augusto germánico. El Congreso me perdonará que al entrar en esta cuestion, por lo que toca á Europa, guarde cierta reserva, y por lo que toca á Prusia guarde una reserva casi absoluta; pero diré, sin embargo, lo bastante para manifestar cuáles son mis ideas concretas sobre los peligros concretos tambien que amenazan á la Europa.

Señores, aquí se ha hablado del peligro que corre la Europa por parte de la Rusia; y yo que creo por ahora y por mucho tiempo puedo



tranquilizar al Congreso, asegurándole que por parte de la Rusia no puede temer el menor peligro.

Señores, la influencia que la Rusia ejercía en Europa, la ejercía por medio de la confederación germánica. La confederación alemana se hizo en contra de París, que era la ciudad revolucionaria, la ciudad maldita, y en favor de Petersburgo, que era entonces la ciudad santa, la ciudad del gobierno, la ciudad de las tradiciones restauradoras. ¿Qué resultó de aquí? Que la confederación no fué un imperio como pudo serlo entonces: y no fué un imperio, porque á la Rusia no le podía acomodar nunca tener en frente de sí un imperio alemán y tener reunidas á todas las razas alemanas; así es que la confederación se compuso de principados microscópicos y de dos grandes monarquías. ¿Qué era lo que le convenía en el caso de una guerra con la Francia? Lo que le convenía á la Rusia, era que estas monarquías fuesen absolutas: y estas dos monarquías fueron absolutas. Y véase, señores, cómo sucedió que la influencia de la Rusia, desde la confederación Alemana hasta la revolución de febrero, se ha extendido desde Petersburgo hasta París. Pero, señores, desde la revolución de febrero todas las cosas han mudado de semblante; el huracán revolucionario ha echado abajo los tronos, ha empolvado las coronas, ha humillado á los reyes: la confederación germánica no existe: la Alemania hoy día no es más que un caos. Es decir, señores, que á la influencia de la Rusia, que se extendía, como dije, desde Petersburgo á París, ha sucedido ahora la influencia demagógica de París, que se extiende hasta la Polonia.

Pues ved aquí la diferencia: la Rusia contaba con dos aliados poderosos, el Austria y la Prusia; hoy es sabido que no puede contar más que con el Austria; pero el Austria tiene que luchar y reluchar todos los días contra el espíritu demagógico, que existe allí como en todas partes; contra el espíritu de raza, que existe allí más que en otra parte alguna; y finalmente, tiene que reservar todas sus fuerzas para una lucha posible con la Prusia. Resulta, pues, señores, que neutralizada el Austria, no contando la Rusia con la confederación germánica, no puede contar en el día más que con sus propias fuerzas. ¿Y sabe el Congreso cuántas son las fuerzas de que ha

dispuesto la Rusia para las guerras ofensivas? Nunca ha llegado á 300,000 hombres. ¿Y sabe el Congreso con quiénes tienen que luchar esos 300,000 hombres? Tienen que luchar con todas las razas alemanas, representadas por la Prusia; tienen que luchar con todas las razas latinas, representadas por la Francia; tienen que luchar con la nobilísima y poderosísima raza anglo-sajona, representada por la Inglaterra. Esa lucha, señores, sería insensata; sería absurda por parte de la Rusia; en el caso de una guerra general, el resultado cierto, infalible sería que la Rusia dejase de ser una potencia europea, para no ser más que una potencia asiática. Y véase aquí por qué la Rusia rehuye la guerra; y véase aquí por qué la Inglaterra quiere la guerra; y la guerra, señores, hubiera estallado si no hubiera sido por la debilidad crónica de la Francia, que no quiso seguir en esto á la Inglaterra; si no hubiese sido por la prudencia austriaca; y si no hubiese sido por la sagacísima prudencia de la diplomacia rusa. Por esto, señores; porque la Rusia no ha querido, porque no ha podido querer la guerra, es por lo que la guerra no ha estallado con motivo de la cuestión de los refugiados en Turquía.

No se crea por esto, sin embargo, que yo soy de opinión que nada tiene que temer la Europa de la Rusia; creo todo lo contrario; pero creo que, para que la Rusia acepte una guerra general; que, para que la Rusia se apodere de la Europa, son necesarios antes estos tres acontecimientos que voy á decir, todos los cuales, adviértase esto, señores, son no solo posibles, sino también probables.

Se necesita: primero, que la revolución, después de haber disuelto la sociedad, disuelva á los ejércitos permanentes: segundo, que el socialismo, despojando á los propietarios, extinga el patriotismo; porque un propietario despojado no es patriota, no puede serlo; cuando la cuestión viene planteada de esa manera suprema y congojosa, no hay patriotismo en el hombre: tercero, el acabamiento de la empresa de la confederación poderosa de todos los pueblos esclavos bajo la influencia y el protectorado de la Rusia. Las naciones esclavas cuentan, señores, 80.000,000 de habitantes. Ahora bien, cuando en la Europa no haya ejércitos permanentes, ha-



biendo sido disueltos por la revolucion; cuando en la Europa no haya patriotismo, habiéndose estinguido por las revoluciones socialistas; cuando en el Oriente de Europa se haya verificado la gran confederacion de los pueblos esclawones; cuando en el Occidente no haya más que dos grandes ejércitos, el ejército de los despojados y el ejército de los despojadores, entonces, señores, sonará en el reloj de los tiempos la hora de la Rusia; entonces la Rusia podrá pasearse tranquila, arma al brazo, por nuestra patria; entonces, señores, presenciará el mundo el mas grande castigo de que haya memoria en la historia; ese castigo tremendo será, señores, el castigo de la Inglaterra. De nada le servirán sus naves contra el imperio colosal que con un brazo cogerá la Europa y con el otro cogerá la India; de nada le servirán sus naves: ese imperio colosal caerá prostrado, hecho pedazos: y su lúgubre estertor y su penetrante quejido resonará en los polos.

No creais, señores, no creais que las catástrofes acaban ahí; las razas esclawonas no son á los pueblos de Occidente lo que eran las razas alemanas al pueblo romano; no, las razas esclawonas están hace mucho tiempo en contacto con la civilizacion, son razas semicivilizadas; la administracion rusa es tan corrompida como la administracion mas civilizada de Europa, y la aristocracia rusa tan civilizada como la aristocracia mas corrompida de todas. Ahora bien, señores; puesta la Rusia en medio de la Europa conquistada y prosternada á sus pies, ella misma absorberá por todas sus venas la civilizacion que ha bebido y que la mata. La Rusia no tardará en caer en putrefaccion: entonces, señores, no sé yo cuál será el cauterio universal que tenga Dios preparado para aquella universal podredumbre. Contra esto, señores, no hay mas que un remedio, no hay mas que uno: el nudo del porvenir está en la Inglaterra: en primer lugar, señores, la raza anglo-sajona es la mas generosa, la mas noble y la mas esforzada del mundo; en segundo lugar, la raza anglo-sajona es la que menos espuesta está al ímpetu de las revoluciones: yo creo mas fácil una revolucion en San Petersburgo que en Lóndres. ¿Qué le falta á la Inglaterra para impedir la conquista inevitable de toda la Europa por la Rusia? ¿Qué le falta?

Lo que le falta es evitar lo que la perderia: la disolucion de los ejércitos permanentes por medio de la revolucion; es evitar en Europa el despojo por medio del socialismo: es decir, señores, lo que le falta es tener una política exterior, monárquica y conservadora; pero aun esto no seria más que un paliativo; la Inglaterra siendo monárquica, siendo conservadora, puede impedir la disolucion de la sociedad europea hasta cierto punto y por cierto tiempo; porque la Inglaterra no es bastante poderosa, no es bastante fuerte para anular, y era necesario anular la fuerza disolvente de las doctrinas propagadas por el mundo: para que al paliativo se añadiera el remedio, era necesario, señores, que la Inglaterra, además de conservadora y monárquica, fuera católica; y lo digo, señores, porque el remedio radical contra la revolucion y el socialismo no es más que el catolicismo, porque el catolicismo es la única doctrina que es su contradiccion absoluta. ¿Qué es, señores, el catolicismo? Es sabiduría y humildad. ¿Qué es el socialismo, señores? Es orgullo y barbarie; el socialismo, señores, como el rey babilónico, es rey y bestia al mismo tiempo. (*Risas, y grandes aplausos*).

Señores, el Congreso habrá extrañado que al hablar yo de los peligros que amenazan á la sociedad y al mundo, no haya hablado de la nación francesa. Señores, hay una causa para esto; la Francia era poco hace una gran nación; hoy dia, señores, no es ni una nación siquiera; es el club central de la Europa. (*Bien, bien*).

Así, señores, queda demostrado: primero, que las cuestiones económicas no son, ni deben ser, ni pueden ser las más importantes de todas; segundo, que no ha llegado aquel estado de tranquilidad y de seguridad en que podamos dedicarnos á ellas exclusivamente. Voy, señores, ahora á combatir el tercero y último error, que consiste en afirmar que las economías son no solamente posibles, sino fáciles.

Señores, el Congreso me permitirá que ahora como antes diga la verdad, nada más que la verdad; pero toda la verdad con la franqueza y la buena fé que me caracteriza. No habrá ningun señor diputado que ponga en duda este axioma: que los gobiernos, aun aquellos que mayores ventajas ofrecen, ofrecen á vuelta de esas



ventajas algunos inconvenientes, y al revés; que aun los gobiernos que presentan mayores inconvenientes, á vuelta de esos mismos inconvenientes ofrecen tambien algunas ventajas; y por último, que no hay gobiernos inmortales.

En este sitio yo puedo hablar con toda libertad de las ventajas y de los inconvenientes y hasta de la muerte de los gobiernos: porque todos tienen sus inconvenientes, sus ventajas y todos mueren.

Pues bien, señores, yo digo que á vuelta de los gravísimos inconvenientes que tienen los gobiernos absolutos, tienen una gran ventaja, y es que son gobiernos relativamente baratos; y yo digo que á vuelta de las grandes ventajas que tienen los gobiernos constitucionales tienen un gravísimo inconveniente, y es que son carísimos. No conozco ninguno más caro sino el republicano. Y arguyendo por analogía, es fácil preveer la suerte de cada uno de estos gobiernos. Yo digo, señores, que lo más probable es que todos los gobiernos absolutos en donde existan, perecerán por la discusion; que todos los gobiernos constitucionales en donde existan, perecerán por la bancarota. Esta es mi conviccion íntima, señores; yo hago á los señores diputados depositarios de mis convicciones. Hay un solo medio, señores, de hacer reformas y grandes reformas económicas: ese solo medio es el licenciamiento ó el casi licenciamiento de los ejércitos permanentes. Esto, señores, podria librar á los gobiernos por algun tiempo de la bancarota; pero ese licenciamiento seria la bancarota de la sociedad entera; porque, señores, y aquí llamo vuestra atencion, los ejércitos permanentes son hoy los únicos que impiden que la civilizacion vaya á perderse en la barbarie; hoy día, señores, presenciarnos un espectáculo nuevo en la historia, nuevo en el mundo; ¿cuándo, señores, cuándo ha visto el mundo sino hoy, que se vaya á la civilizacion por las armas, y á la barbarie por las ideas? Pues esto es lo que está viendo el mundo en la hora en que estoy hablando. (*Aplausos*).

Este fenómeno, señores, es tan grave, es tan peregrino que exige alguna explicacion por mi parte. Toda civilizacion verdadera viene del Cristianismo. Es esto tan cierto, que la civilizacion toda se ha reconcentrado en la zona cristiana: fuera de esa zona no hay ci-

vilizacion, todo es barbarie; y es esto tan cierto, que antes del Cristianismo no ha habido pueblos civilizados en el mundo, ni uno siquiera.

Ninguno, señores: digo que no ha habido pueblos civilizados, porque el pueblo romano y el pueblo griego no fueron pueblos civilizados; fueron pueblos cultos, que es cosa muy diferente. La cultura es el barniz, y nada más que el barniz de las civilizaciones. El Cristianismo civiliza al mundo, haciendo estas tres cosas: ha civilizado al mundo haciendo, de la autoridad una cosa inviolable; haciendo de la obediencia una cosa santa; haciendo de la abnegacion y del sacrificio, ó por mejor decir, de la caridad, una cosa divina. De esa manera el Cristianismo ha civilizado á las naciones. Ahora bien (y aquí está la solucion de ese gran problema) ahora bien; las ideas de la inviolabilidad de la autoridad, de la santidad de la obediencia y de la divinidad del sacrificio, esas ideas no están hoy en la sociedad civil; están en los templos donde se adora al Dios justiciero y misericordioso, y en los campamentos donde se adora al Dios fuerte, al Dios de las batallas, bajo los símbolos de la gloria. Por eso, porque la Iglesia y la milicia son las únicas que conservan íntegras las nociones de la inviolabilidad de la autoridad, de la santidad de la obediencia y de la divinidad de la caridad; por eso son hoy los dos representantes de la civilizacion europea.

No sé, señores, si habrá llamado vuestra atencion, como ha llamado la mia, la semejanza, cuasi la identidad entre las dos personas que parecen más distintas y más contrarias; la semejanza entre el sacerdote y el soldado: ni el uno ni el otro viven para sí: ni el uno ni el otro viven para su familia: para el uno y para el otro, en el sacrificio, en la abnegacion está la gloria. El encargo del soldado es velar por la independenciamiento de la sociedad civil. El encargo del sacerdote es velar por la independenciamiento de la sociedad religiosa. El deber del sacerdote es morir, dar la vida como el buen pastor por sus ovejas. El deber del soldado, como buen hermano, es dar la vida por sus hermanos. Si considerais la aspereza de la vida sacerdotal, el sacerdocio os parecerá, y lo es en efecto una verdadera milicia. Si considerais la santidad del ministerio militar, la milicia



cuasi os parecerá un verdadero sacerdocio. ¿Qué sería del mundo, qué sería de la civilización, que sería de la Europa si no hubiera sacerdotes ni soldados? (*Aplausos prolongados.*) Y en vista de esto, señores, si hay alguno que después de expuesto lo que acabo de exponer, crea que los ejércitos deben licenciarse, que se levante y lo diga. Si no hay ninguno, señores, yo me río de todas vuestras economías, porque todas vuestras economías son utopías. ¿Sabeis lo que pretendéis hacer cuando quereis salvar la sociedad con vuestras economías sin licenciar el ejército? Pues lo que pretendéis hacer, es apagar el incendio de la nación con un vaso de agua. Eso es lo que pretendéis. Queda, pues, demostrado, como me propuse demostrar, que las cuestiones económicas no son las más importantes; que no ha llegado la ocasión de tratarlas aquí exclusivamente; y que las reformas económicas no son fáciles, y hasta cierto punto no son posibles.

Y ahora, señores, habiendo algunos oradores dicho al congreso que votando por esa autorización se votaba contra el gobierno representativo, yo me dirigiré á esos señores diputados, y les diré: ¿quereis votar por el gobierno representativo? Pues votad por la autorización que se os pide por el gobierno; votadla, porque si los gobiernos representativos viven de discusiones sabias, mueren por discusiones interminables. Un gran ejemplo os ofrece, señores, la Alemania, si es que la experiencia, si es que los ejemplos han de servir de algo. Tres asambleas constituyentes ha tenido la Alemania á un tiempo mismo, una en Viena, otra en Berlin, otra en Francfort: la primera murió por un decreto imperial: un decreto real mató á la segunda: y en cuanto á la asamblea de Francfort, esta asamblea, compuesta de los sabios más eminentes, de los más grandes patricios, de los filósofos más profundos, ¿qué se hizo de ella? ¿qué fué de aquella asamblea? Jamás el mundo vió un senado tan augusto y un fin más lamentable: una aclamación universal le dió vida: un silbido universal le dió muerte.

La Alemania, señores, la alojó como una divinidad en un templo, y esa misma Alemania la dejó morir como una prostituta en una taberna. (*Muy bien.*)

Esa, señores, es la historia de las asambleas alemanas. ¿Y sabeis porqué murieron así? Yo os lo diré. Murieron así, porque ni dejaron gobernar ni gobernaron; murieron así, porque después de más de un año de discusión nada salió, ó salió humo solo de sus interminables discusiones.

Señores, ellas aspiraron á la dignidad de reinas: Dios las hizo estériles, y las quitó hasta la dignidad de madres. ¡Diputados de la nación, mirad por la vida de las asambleas españolas! Y vosotros, señores de la oposición conservadora, yo os lo pido, mirad también por vuestro porvenir: mirad, señores, por el porvenir de vuestro partido. Juntos hemos combatido siempre; combatamos juntos todavía. Vuestro divorcio es sacrilego; la patria os pedirá cuenta de él en el día de sus grandes infortunios. Ese día quizá no está lejos; el que no lo vea posible, padece una ceguera incurable. Si sois belicosos, si quereis combatir aquí, guardad para ese día vuestras armas. No precipiteis, no precipiteis los conflictos. Señores, ¿no le basta á cada hora su pena, á cada día su congoja y á cada mes su trabajo? Cuando llegue ese día de la tribulación, la congoja será tanta, que llamaremos hermanos aun á aquellos que son nuestros adversarios políticos: entonces os arrepentireis, aunque tarde tal vez, de haber llamado enemigos á los que son vuestros hermanos.

(*El orador se sienta en medio de prolongados y repetidos aplausos y de numerosas felicitaciones.*)